

Antecedentes de la traducción literaria en Cuba

Nadie podrá negar que la tradición cubana de las traducciones literarias resulta rica, extensa y noble. Sin género de duda alguna, en las diversas etapas de dicho proceso los aportes han sido notables. En dichas muestras de distinta relevancia resulta posible observar los elementos de objetivos estéticos, culturales, éticos y patrióticos. Tengo para mí que a muchos escritores cubanos, que intentaron trasplantar a nuestro idioma ejemplos relevantes de diferentes literaturas, cabe aplicar lo que dejó anotado José María Valverde: «Traducir es una actividad que tiene un gran valor moral, porque es un ejercicio de ascética en dos sentidos: en primer lugar, porque siempre lo hace uno mal —éste es un buen ejercicio para la educación del carácter—, en segundo lugar, porque hay que olvidarse de uno mismo al traducir».

Enrique José Varona (1849-1933), que se inició en las letras como traductor de Anacreonte, apuntó la génesis de dicha actividad en esta isla antillana. En un estudio, fechado en La Habana en junio de 1878, exponía: «No es /.../ pequeño servicio literario el de una traducción que merezca el nombre de tal, y casos hay en que este servicio puede llamarse sin hipérbole, una empresa difícil y gloriosa. En Cuba concurren muy diversas causas para revestir de esta importancia una buena traducción. La literatura española, que ha sido nuestro primer modelo, no es rica en buenas traducciones literarias. /.../ Ni aun en lengua clásica corrían traslaciones poéticas aceptables en los mejores siglos de las letras castellanas. Es necesario venir a nuestros días para encontrar las primeras tentativas serias de llevar al caudal literario de España modelos bien interpretados de otras literaturas».

Aclara después: «Fue forzoso que los literatos cubanos trataran, desde temprano, de extender el campo de la visión, y buscaron en la variedad de modelos escritos, lo que faltaba a sus modelos naturales. Así desde que hubo hombres de letras en Cuba, ha habido traducciones de las literaturas extranjeras. Nuestros poetas notables han sido también distinguidos traductores. Basta recordar a Heredia, la Avellaneda, Zenea y Mendive».

José María Heredia (1803-1839) fue el primer gran poeta cubano, el iniciador del romanticismo en la América hispánica y el primero que defendió la independencia de su país. También fue nuestro primer traductor literario.

La excelente cultura humanística que recibió le permitió traducir a Horacio y Virgilio. Siendo un niño, le encargó un pariente una traducción de Horacio. Al cumplir el encargo, éste le dijo: «Puedes tomarte por buen latinista, porque se necesita serlo para traducir a Horacio como lo has hecho».

En el tomo primero de la segunda edición de sus poesías (Toluca, 1832) están incluidas algunas de sus traducciones e imitaciones de Goethe, Campbell, Delavigne, Béranger, del falso Ossian, Lamartine y otros. En la introducción a la edición de sus *Poesías completas* (La Habana, 1941) se aclara: «Sobre la sección de sus imitaciones y traducciones no hemos distinguido, en este último grupo, entre imitaciones y traducciones propiamente dichas, porque nunca o casi nunca se ciñó Heredia a una mera traducción, sino que introducía en ella pensamientos propios».

Señala Max Henríquez Ureña que Heredia tradujo sobre todo a sus contemporáneos: Goethe, Byron, Ugo Foscolo, Lamartine. En las páginas de sus revistas *El Iris* y *La Miscelánea* publicó artículos informativos y críticos sobre los poetas que tradujo, entregado a una valiosa empresa de promoción cultural y literaria. No es de olvidar que tradujo igualmente las novelas *Waverley* de Walter Scott, y *El cicúreo* de Thomas Moore. Trasladó varias obras teatrales de Voltaire, Alfieri, Chenier, etc. Tradujo, resumió y actualizó con criterio americanista las *Lecciones de Historia Universal* del profesor inglés Tytler.

A una generación posterior, la segunda romántica, perteneció Juan Clemente Zenea (1832-1871). Fue profesor de inglés en el Colegio del Salvador de José de la Luz Caballero (1800-1862). Los críticos recalcan el influjo que ejerció Alfredo de Musset sobre su creación lírica; de él tradujo su drama *Andrea del Sarto* y otros poemas, así como de Lamartine, Longfellow y Tennyson. Vertió al castellano los *Cuentos para niños*, de Laboulaye. Del evidente influjo de la poesía francesa en su obra, Menéndez Pelayo afirmó: «En su modo de sentir, como en su modo de escribir, fue más francés que español, y más amigo de Alfredo de Musset que de los nuestros».

José Martí (1853-1895) declaró que la mejor manera de liberarse del dominio de una literatura consistía en conocer muchas otras. Los escritores cubanos quisieron emanciparse del predominio de las letras españolas, y también de las francesas, interesándose en las literaturas inglesa, alemana y otras. El auge del estudio de la lengua y la literatura alemanas proviene de Luz y Caballero. Visitó a Goethe en Weimar y entre sus trabajos literarios se encuentra una *Vida de Schiller* traducida por él del periódico *Los contemporáneos* impreso en Leipzig.

José Agustín Quintero (1829-1885), uno de los poetas incluidos en la antología *El laúd del desterrado* (Nueva York, 1858), fue amigo personal de Emerson y Longfellow, y tradujo poemas de este último, lo mismo que

de Tennyson y otros de la lengua inglesa, así como de la alemana, Schiller, Uhland y Friedrich Rückert, de quien parafraseó uno de los «Sonetos acorazados». Según parece, en la Biblioteca Pública de Boston se encuentra el manuscrito de su obra *Lyric Poetry in Cuba*.

Entre los numerosos traductores de estos años, los hermanos Francisco (1836-1907) y Antonio (1838-1889) Sellén constituyen un ejemplo de valiosas y variadas versiones literarias. Ambos empezaron conjuntamente tales quehaceres en *Estudios poéticos* (1863) con versiones de autores de varias literaturas. Antonio editó sus versiones de *Cuatro poemas de Lord Byron* en 1877. Dos años después aparecía *Joyas del norte de Europa* (1879) con piezas de poetas suecos, daneses y alemanes. Una colección de románticos franceses incluye en *Ecos del Sena* (1886). Ese mismo año ofrecía en la *Revista de Cuba*, «La esperanza de Dios», de Musset, y en la *Revista Cubana* el poema «Conrado Wallenrod», con claro acento emancipador, del polaco Adam Mickiewicz, y un drama *Amor y orgullo* de Edward Bulwer Lytton (1886). Pueden consultarse en la Sección de Manuscritos de la Biblioteca Nacional «José Martí» sus esbozos de versiones del húngaro Sándor Petöfi, que no sabemos si llegó a publicar.

Tanto por sus obras originales como por sus traducciones lo supera su hermano Francisco. Varona valoró su excelente traducción del *Intermezzo lírico* (1877) de Enrique Heine. Más tarde publicó *Ecos del Rhin* (1881) con múltiples versiones de treinta y ocho poetas alemanes, nueve realizadas por su hermano Antonio. Recibió elogios su traslado del poema «El Giaour» de Byron, que apareció en la *Revista Cubana* en 1886. Durante su largo destierro en Nueva York tradujo varias novelas de R. Barret, Wilkie Collins, Nathaniel Hawthorne y Robert Louis Stevenson.

Puede leerse en las crónicas que dedicó Martí a ambos hermanos sobre sus muchas lecturas y estudios. De Antonio escribía en 1889: «Nunca se le veía sin un libro de versos curiosos en el bolsillo holgado de su gabán de poeta. Hoy era Kerner, mañana Baudelaire y pasado mañana Petöfi. No buscaba la extravagancia, sino lo genuino. En cuanto hallaba una de esas ideas perdidas entre las hojas como las violetas, o resplandecientes como el puño de un sable magiar, la ponía en su verso español seguro y macizo y otras veces gallardo y ligero, cuando no arrogante, si había vileza que castigar, y armado de una bella cólera». De Francisco Sellén, que estuvo mucho a su lado en los fríos de Nueva York, recuerda que había andado también «desde joven de Petöfi a Gogol y de Ferdusi a Hugo».

Diego Vicente Tejera (1848-1903) dedicó mucha atención a las traducciones. Se conservan sus traslaciones de poemas de Goethe, Schiller, Hugo, Leopardi, etc. Su mayor gloria en esta actividad fueron sus versiones de 17 poemas de Sándor Petöfi. En la tercera edición aumentada de sus *Poesías*

(París, 1893) incluye éstas bajo el título «Cantos magiares», volcadas al castellano entre 1871 y 1891. No trabajó con los originales húngaros, sino con las versiones francesas de Marcelina Desbordes-Valmore (1789-1859) y de François Coppéc (1862-1908). Parece que utilizó sobre todo esta última, aunque algunos poemas que no se encuentran en dicha traducción, puede sospecharse que los tomó de la primera. Estas versiones están dedicadas a cubanos de ideas independentistas: Martí, Varona, Manuel de la Cruz, etc. Uno de ellos los dedica al colombiano Santiago Pérez Triana (1858-1916).

El primer traductor de Petöfi al español está identificado con los clamores patrióticos del húngaro, más que con su filiación literaria. Petöfi escribió en húngaro cuarenta años antes que Tejera intentase sus versiones. Nuestro poeta fue un «posromántico». «En lo más logrado de su labor —dice José Lezama Lima— ofrece una poesía insinuante, de raíz en la balada nórdica». Años antes, José María Chacón y Calvo afirmaba: «Los versos íntimamente líricos de Tejera propenden al prosaísmo, aunque, al fin, salvan al poeta, su ternura, su viva emoción, su sentido rítmico»/ Pero asume en sus versiones el ardoroso romanticismo patriótico del creador húngaro.

Cuando en 1973 conmemoramos el sesquicentenario del natalicio de Petöfi con una edición cubana de su poesía, las nuevas versiones seleccionadas por el poeta húngaro Andras Simon, realizadas con la colaboración de Eva Dobos, Eliseo Diego y David Chericían, fueron acompañadas por diez de las de Tejera como un homenaje al iniciador de esta fluencia traductora.

El más ferviente homenaje hecho a Victor Hugo por un cubano lo realizó José Martí cuando apenas había cumplido los 22 años. Al concluir su primer destierro en España, estuvo en París. ¿Conoció al famoso poeta? Se sabe que hizo amistad con Augusto Vacquerie. ¿Lo llevó a visitar a Hugo? No existen pruebas de tal encuentro. Durante su viaje a México fue traduciendo el breve folleto «Mis hijos» que publicó la *Revista Universal* en la capital mexicana. Sobre esta labor escribió una nota que puede considerarse un esbozo de su teoría de la traducción. Cito un breve pasaje: «Traducir es transcribir de un idioma a otro. Yo creo más, yo creo que traducir es “transpensar”, pero cuando Victor Hugo piensa y se traduce a Victor Hugo, traducir es pensar como él, “impensar”, pensar en él. El deber del traductor es conservar su propio idioma, y aquí es imposible, aquí es torpe, aquí es profanador. Victor Hugo no escribe en francés, no puede traducirse al español, Victor Hugo escribe en Victor Hugo».

Martí tradujo varias obras didácticas, para «panganar», explicaba. Entre las literarias, además, existen sus versiones de Horacio y de los norteamericanos Emerson, Longfellow y Poe. Trasvasó al castellano la novela *Called back* de Hugh Conway con el título *Misterio* (1886), que también tradujo